



Á LA LUNA.

CELESTE luminar, muda viajera
Que cruzas por la esfera
Inundando de luz el ancho mundo.
Al admirarte en tu tranquilo vuelo,
El entusiasmo ardiente
Arranca del laúd dulce sonido,
Y á tí se eleva mi abatida frente.

¡Salve, espléndida Luna,
Misterioso fanal que suspendido
Por la mano de Dios en las alturas,
Lanzas tu luz en rayos plateados
Del adormido mundo á las criaturas.

¡Salve, lámpara eterna, que paseas
Por el éter tranquila,
Y en el alto zenit te enseñoreas!
¡Salve otra vez! Yo te amo reverente,
Y cuando el rayo de tu luz divina
Baña ¡oh Luna! mi frente,
Huye el pesar y siento que en el alma
Nace de nuevo la apacible calma.
Así como tu lampo que fulgura
Rasga el parduzco nubarrón que pasa,
Disipas de mi mente dolorida
Las sombras de amargura.

Tu luz, tu luz, para gozar.... ¡oh nubes!
Paso á la Luna, paso:
Dejad que la contemple solitaria
Cual reina de la noche
Majestuosa, ostentándose
En el cóncavo azul del claro cielo....
No hay más que tú, ¡oh Luna bienhechora!
No hay más que tú, para quien sufre y llora.
Yo no puedo mirarte indiferente,
Intérprete de amor, Luna querida,

Porque traes á mi mente
El recuerdo doliente
De la ventura que lloré perdida.

Sube, sube al zenít, callada Luna,
A raudales tu luz prodiga al mundo,
Mírate reflejada en la laguna
Y en las aguas también del mar profundo.
Las nubes agrupadas
Ábrante ¡oh reina! en tu camino paso
Para que luzcas pura y esplendente
Hasta tocar en tu azulado ocaso...
Sube al zenít, declina,
Y mañana otra vez tu luz divina
Regala al mundo, porque adore el hombre
De su Hacedor el sacrosanto nombre.

¡Salve, lámpara espléndida del cielo!
Lleguen á tí mis preces
En la ráfaga azul del aire manso,
Á tí, que desde el cóncavo estrellado
Velas de los mortales el descanso.

Siempre te admiraré, y en larga noche
De la meditación la dulce calma,
Néctar será con que se abrigue el alma,
Y fijando en tu faz mi pensamiento
Entonaré ferviente mi plegaria,
Hasta que al golpe de la dura suerte
Descanse en la morada de la muerte...
Entónces ¡oh Luna! de infeliz poeta
Ilumina la tumba solitaria.





ECOS DEL ALMA.

(PARA UN ALBUM)

CRUZANDO voy el valle de la vida
Infeliz, fatigado caminante
Por dilatado erial,
Sin que encuentre la mente entristecida
Con que curar del corazón amante
El íntimo pesar.

Cruzando voy, cual hoja que arrebatada
Con ímpetu feroz allá en los montes
El ábrego cruel;
Ya me acerca á la horrible catarata,
Ya me lleva á lejanos horizontes
En desigual vaivén.

Y si paso entre rosas purpurinas,
Nunca aspiro su aroma apetecible,
Ni admiro su matiz;
Enclávanse en mi pecho sus espinas
Y un ¡ay! me arranca mi dolor terrible
Cuando me siento herir.

No escucho los murmurios de las fuentes,
Ni á mí llega el acento melodioso
De alegre colorín.
Solo escucho la voz de los torrentes
O del siniestro cárabo medroso
El lúgubre gemir.

En vano busco en mi fatal camino
El vivo lampo que en mis sueños veo
De fúlgida ilusión;
Que luchando en los brazos del destino,
Va plegando sus alas mi deseo
Al golpe del dolor.

¿En dónde está la luz de mi esperanza?
¿Dónde la dicha que mi sér aliente
Y embriague el corazón?

¿Qué, no brilla un lucero en lontananza,
Nuncio feliz de la mujer ardiente
Que ame cual amo yo?

No lo sé, y en tan triste desvarío
En las brisas mis lánguidos acentos
Se elevan sin cesar.
Hasta que me hunda en el sepulcro frío
Y piérdanse mis bárbaros tormentos
En la honda eternidad....

En tanto tú, simpática criatura,
Que sin cesar mirando te recreas
Tu grato porvenir,
Sin comprender la agena desventura,
Cuando estos versos solitaria leas,
Acuérdate de mí.



IMPRESIONES

DE INVIERNO.

—
 «SILENCIO...! soledad...! En torno mío
 No susurran las auras bullidoras;
 Prensa mi corazón infortunado
 El invencible hastío.
 Ya estoy aquí cansado,
 Al pié del tronco de la añosa encina,
 Trayendo á la memoria
 De mis placeres la fugaz historia.
 Ya estoy aquí solícito buscando,
 Si no el placer, el que perdí sosiego:
 Ya cansaron mi oído

Los gritos de la turba bulliciosa,
 Que se agita insaciable
 En pos de una quimera,
 Que nunca ha de encontrar y siempre espera
 ¡Felicidad! dulcísima palabra,
 Vano fantasma que do quier se agita,
 Visión indefinible
 Que burla la esperanza
 Del que de ella detrás se precipita...
 ¡Ah! sí... buscad cual volador insecto
 La llama que os fascina,
 Que mañana os verá libre de enojos,
 Vueltos leve ceniza ante mis ojos...

.....
 ¿Qué le queda á la mente de esos sueños?
 ¿Qué queda al corazón de sus amores?
 ¿En dónde está la fé que me alumbraba
 Como nítida lámpara,
 La tiniebla al cruzar de mi camino?
 ¿Qué se hicieron los votos de la hermosa
 Que uniera su destino á mi destino?
 ¿En dónde están...? Mirad la seca encina...
 Cayeron ¡ay! sus hojas

Al embate de fieros aquilones.
 ¡Mirad! mirad su copa blanquecina;
 Nieves envuelven el desnudo tronco...
 ¡Ay! que un invierno al corazón le espera
 Y al capricho falaz de la fortuna
 Así como las hojas,
 Las ilusiones caen una por una.

.....
 ¡La soledad! la soledad tan solo
 Presta alivio á mi pecho:
 Aquí me place estar con mis dolores,
 Aunque en lugar de flores
 De mústias hojas me destienda un lecho.
 Y pláceme que el viento
 Una en lúgubre acento
 Mi desolada queja,
 Al ingrato graznar de la corneja.
 Pláceme oír en vez de los sonidos
 Dulcísimos del aura,
 El cierzo que suspira
 Y entre los troncos y las zarzas gira;
 Y me place que en vez de los sonoros
 Trinos de ruiseñor en la enramada,

Suene en la peña ruda
 El gemido de tórtola viuda...
 Y el cielo ante mis ojos encubierto
 Con pardas nubes, que en pesado giro
 Vierten escarcha en hebras plateadas,
 Que luego amontonadas
 Son el blanco tapiz de mi retiro.

Canos cipreses, viejos ahuehuetes,
 Que contemplais estáticos mi duelo,
 Cual pálidos fantasmas,
 Yo sé muy bien que volveréis un día,
 Como el árido suelo,
 A revestiros de pomposas galas;
 Y tornará la alegre primavera
 Sus mantos de esmeralda,
 Tendiendo en la pradera
 Y en la desnuda falda
 De los erguidos montes;
 Y tintos de oro y grana
 Se ostentarán los limpios horizontes
 En la fresca mañana;
 Correrán los arroyos y las fuentes
 Con plácido murmurio,

Y en los bellos jardines
 Su canto soltarán los colorines.

Mas ¡ay de mí! al ánima cansada
 ¿Quién volverá la paz que siempre llora?
 Se oculta entre las sombras de la nada
 La esperanza risueña y seductora
 De que halle el corazón su primavera:
 Ya jamás volverá... la infausta suerte
 Marcó al placer su rápida carrera,
 Pasó la juventud con sus amores;
 ¿Qué me resta esperar? ¡solo la muerte!





LAS NUBES.

☩ NUBES flotantes, húmedos vapores,
Viajeras incansables del espacio,
Que vestís los colores
Del rubí, del zafir y del topacio!
Veros me place; el sol os ilumina
Y le tendéis magnífica cortina.

¡Las nubes! silenciosas mensajeras
De las azules cóncavas alturas,
Que destendeis vistosas
En el éter flotantes coladuras;
¡Oh! ¡cuánto goza el corazón si miro
Vuestro voluble é incesante giro!

Yo os amo, ¡oh nubes! porque acá en
[mi mente
Me revela una voz dulce y sonora
En mi delirio ardiente
Lo que allá en vuestros senos se atesora:
Sí, yo comprendo, nubes vaporosas,
Vuestras gigantes cifras misteriosas.

Yo os amo; y cedo al celestial encanto
Que me inspiráis, deidades de los vientos,
Y alzo mi ardiente canto
Porque á vosotras lleguen mis acentos;
Y hallando así mi plácido recreo,
Siempre girar sobre mi frente os veo.

Y si en contornos frágiles, livianos,
Al blando soplo del ligero viento,
Reveláis los arcanos
De vuestra esencia, entonces el pensamiento
Se dilata en la bóveda del cielo,
Creciendo más mi infatigable anhelo.

Sí; porque miro en vuestras formas varias
De alcázares los muros derruidos,
Las torres solitarias

O de monstruos alígeros unidos,
La fantástica tropa que pelea
Y del poeta el ánima recrea.

Mil perspectivas de óptica brillante
Semejais otras veces: de oro y grana
El astro fulgurante
Con riquísima tinta os engalana,
Y allá sobre las cúspides del monte,
Lentas formais espléndido horizonte.

Cuando brillais ¡oh nubes! y la sombra
Va extendiéndose triste por el suelo,
Sois la mullida alfombra
En que pasean los ángeles del cielo;
Que mientras el mundo en su letargo se
Lampo de oro por vosotras cunde. [hunde,

Mas viene la tiniebla amenazante
Sus crespones tendidos por la esfera,
Y ruge rebramante
El ábrego en su rápida carrera;
Se difunde el terror en la natura,
Y tiembla el universo de pavura.

Los pálidos relámpagos serpean
Con fosfórico brillo; del torrente
Las rápidas ondean,
Truena la tempestad sobre mi frente;
Y allá hasta el centro de la negra nube
Mi pensamiento á deleitarse sube....

Á deleitarse, sí; que esos vapores
Que lleva el viento en revoltosos giros,
Hablan á mis dolores
Y del bardo recogen los suspiros:
Esas nubes también, como mi alma,
Después del rayo gozarán la calma.

¿Por qué tiemblan cual míseros gusanos
Los hijos del placer y los amores,
Los ricos cortesanos,
Al escuchar los vientos bramadores?
¿Por qué se entregan á letal desmayo
Cuando en el éter se desprende el rayo?

¿Y por qué os ocultais tras las cortinas
Y cerrais vuestras góticas ventanas,
Cobardes mesalinas,
Más hechiceras cuanto más livianas?

¿Por qué sentís desgarrador quebranto
Transido el torpe corazón de espanto?

¡Ah! sí; temblad los que en infanda orgía
Los crímenes sedientos apuraron,
Y con torpe ironía
Sacrílegos de todo blasfemaron:
¡Temblad, mientras al son del ronco trueno
Alza el poeta su cantar sereno!

Gózome, sí, con el sonoro canto
Que ajeno de las miserables pasiones
Con júbilo levanto,
Que al rebramar de fieros aquilones,
Resuenan en el cóncavo vacío,
La voz de mi Criador y el canto mío!



A ELVIRA.

¿POR qué doblegas la frente
Con tan hondo sentimiento?
¿Por qué místico, macilento,
Tiene tu rostro el pesar?
¿Por qué, Elvira, tus miradas
Son de duelo y amargura?
¿Por qué, Elvira, sin ventura,
No sabes más que llorar?

¿En dónde está tu sonrisa
Tan pura y tan hechicera?
¿Dónde van, ave parlara,
Las notas de tu canción?
Elvira, contén el llanto

Que viertes á todas horas,
Y dime á mí por qué lloras
Con tan intenso dolor?

¡Ay! de otro tiempo el recuerdo
Oscilando en la memoria
Tus imágenes de gloria
Te trae en confusión!
Te parece, pobre Elvira,
Que aún á los piés de tus rejas
Te está contando sus quejas
El perdido rondador!

¿Crees, acaso, que lo miras
Airoso, apuesto y galano,
Con tus caricias ufano,
Dueño de tu corazón?
¿Crees que vive todavía
Lleno de amor y ternura
Y dándote la ventura
Que le diste con tu amor....?

¡Pobre Elvira, cual te engañas!
¡Que transición tan amarga!

Que pena tan dura y larga
Sucedió á fugaz placer!
Llora, sí; viertan tus ojos
Las lágrimas á raudales,
Que son eternos los males
Que te dejó tu pasión.

Doblega triste la frente
Desventurada en el mundo,
Que paga el dolor profundo
Con duro sarcasmo vil.
Llora, llora, pobre Elvira,
Y doblega la cabeza,
Que quien perdió su pureza
Debe llorando vivir.....

El mundo nunca perdona,
La sociedad escarnece
Al que sin honor padece
Aunque lllore de dolor.
Busca, Elvira infortunada,
En otra fuente consuelo:
Pon los ojos en el cielo
Y alcanzarás el perdón.